

TORAL Y LAS MALETAS

Mario Vargas Llosa

Cuando Cristóbal Toral supo que el primer hombre había llegado a la Luna se alquiló un traje de astronauta y así ataviado, con escafandra y todo, salió a exhibirse por las calles de Madrid. De este modo quería manifestar su júbilo ante el mundo por esa hazaña de la imaginación, la ciencia y la técnica que permitió al ser humano cruzar los espacios estelares y poner los pies en aquel astro apagado que, desde tiempo inmemorial, azuzaba la fantasía y el sueño y aparecía en todas las metáforas de amor, clásicas o románticas.

Me hubiera gustado verlo dando aquel espectáculo. Me lo imagino perfectamente, pequeño, rutilante y fortachón, asombrando a los transeúntes del centro madrileño con su insólito disfraz, y, también, con su jocundidad y su ímpetu vital, esa fuerza contagiosa que transpira su persona y que va precediéndolo en la vida como una proa. Había mucho de pose en aquel gesto teatral, claro está, pero asimismo una genuina exaltación recóndita por aquella aventura que reunía como en un haz tantas obsesiones recurrentes de su pintura: el espacio y la ingravidez, la realidad del conocimiento científico y el mundo fantástico de la imaginación, el desarraigo y los viajes.

Aunque teme a los aviones y (físicamente) se mueve poco por el mundo, dudo que haya otro pintor, vivo o muerto, más viajero que Toral. Pocos han llegado tan lejos desde unos comienzos tan humildes y difíciles y ninguno ha construido una mitología plástica del éxodo, la partida, el desplazamiento y la mudanza tan rica y tan sugestiva como la que anima sus cuadros. Aunque fuera sólo por eso ya podría decirse de él que está en la cresta de la ola de la modernidad, pues ¿no es acaso el nuestro el tiempo del viaje por excelencia, el tiempo en que el mundo se encogió como una piel de zapa y puso sus extremidades más remotas al alcance de todos los mortales, el de las frenéticas hordas de turistas y el de las emigraciones trágicas? Unos en pos del placer y otros huyendo del odio y la muerte, en busca de mejores destinos o perseguidos y expulsados, por elección o por falta de alternativa, los humanos nos movemos hoy como nunca antes en la historia y las fronteras que aún no se han desvanecido están agujereadas como coladeras y se muestran impotentes para atajar a las muchedumbres semovientes. Ese mundo poseído por el demonio del tránsito, que es el que nos tocó, ha encontrado su santo y seña visionario en los pinceles de Toral. Pero, por fortuna, no sólo de vida contemporánea y experiencias recientes está hecha su pintura; ella es también antigua y casi intemporal, como las estrellas que encienden la noche o las retorcidas encinas de las sierras andaluzas en las que se crió.